

## XIII

## El regreso

Sería poco más ó menos la misma hora en que Colón llegó á su *isla*, cuando nosotros llegamos á la nuestra. Como el buen navegante, tuvimos la sana intención de ponernos de rodillas y besarla á nuestro desembarque; pero el suelo de París no es virgen como aquel de aquella América de entonces, y contuvimos por el momento esta demostración histórica de entusiasmo.

Todo estaba intacto en este pedazo de tierra rodeado por el Sena: Notre Dame, con su flecha y campanarios, hermosa como siempre y embellecida más á nuestros ojos por la ausencia, no había cambiado de sitio; el río, molestado por los vapores golondrinas, continuaba bajando en la misma dirección; el Hôtel de Ville, el Panteón y las cúpulas del fondo levantábanse soberbias como antes, y todo estaba en el orden más completo á pesar de nuestro viaje, excepto los árboles de la orilla que, sintiendo ardores de primavera, cubríanse de follaje á toda prisa, lanzaban verdura por sus yemas y ocultaban nuestra isla entre una nube de vida.

En el piso, repleto como siempre y en desorden, á más de Uranga un poco envejecido, encontramos á los Grecos, con más pátina que antes y con dos meses más á cuestas: San Pedro, sobre todo parecía más cobrizo, más moreno, con más arru-

gas en la frente y conservando aquel diente por puro compromiso de la firma. Colocados frente á frente, no habíanse movido de su sitio, y otra vez les contemplamos largo rato, comparándolos con los cuadros que habíamos visto en Italia, y diciéndoles por obra del pensamiento: Podéis estar contentos del maestro que os ha lanzado á la tierra, ¡oh, Santos de la gloria! ¡Podéis jactaros de ser en cuadro algo de lo que fuisteis en vida! Muchas obras hemos visto por allá, en aquellas tierras que seguimos, y muchas escuelas, sabias ó místicas, simbólicas ó realistas, decadentes ó académicas; pero entre ellas podéis figurar con gran orgullo, si el orgullo cabe en vuestra noble pátina. ¡Envejeced aún más, y no temais que el tiempo pase para vosotros, como no sea para engrandeceros!

Esto pensado, con alguna variante, nos fuimos satisfechos á la cama y otra vez nos dormimos en brazos de nuestra isla, rodeados del sosiego procurado por las aguas y oyendo de nuevo el rumor del gran París á lo lejos, como voz que mecía el pensamiento; dormimos rendidos de emoción, y dormimos como sólo se duerme en una isla: en santa calma del cuerpo y en abandono del ánimo.

Pero llegó la mañana y con ella nos lanzamos á la calle, y fuimos á ver á los amigos y encontramosles de nuevo en plena fiebre de angustias. El *Salón* se acercaba, la gran batalla anual iba á librarse, la lucha por el arte y por la vida latían palpitantes y todos esgrimían las armas del cerebro para ganar la victoria ó salir sin heridas en el alma. Los estudios eran colmenas oliendo á calentura, donde la pobre abeja se esforzaba en



completar su labor, se batía delante de la materia, buscaba en el aire la última pincelada, dudaba con tristeza é indefinible amargura ó sonreía á su obra, firmándola con el alma y contemplándola con ojos agradecidos; en el campo, los paisajistas desafiaban el sol, la lluvia y los elementos todos, sufriendo ante aquellas flores de primavera que se deshacían á sus ojos, como ilusiones del aire; en la academia cambiábanse impresiones, juicios de admiración ó de envidia, noticias de sensación, dudas y quejas; los amigos iban de casa en casa dando consejos y opiniones y repartiendo esperanzas, ó dejando adivinar temores de amarguísimas derrotas; el trabajo era un esfuerzo sordo, una germinación, como un extremecimiento supremo, para lanzar el gran peso de las obras á la crítica del mundo y aquel parto era la vida de un año ó de muchos ó toda la vida de centenares de artistas y de legiones de obreros.

¡Y qué de esfuerzos latían en aquel rumor de trabajo! ¡Cuántos sueños representaban! ¡Cuántas visiones! ¡Cuántas horas robadas al descanso y cuántas miserias sufridas! Daba el vértigo del desconsuelo el pensar los nervios gastados en la lucha, las santas locuras producidas por esfuerzos inauditos, la sangre derramada hacia adentro y las lágrimas caídas en esa tremenda batalla del espíritu, de esa batalla librada contra todo, contra la pública y glacial indiferencia, contra la envidia y la ignorancia, contra la terca miseria parando el reloj de los sueños, contra sí mismo y contra todos; de esa batalla cuyas armas son la labor del pensamiento y cuyas heridas van ma-

tando lentamente al que las sufre, clavándole espinas de desengaño en el pobre jardín de las santas ilusiones, de esas batallas en aras de un ideal, de la gloria mezquina de la tierra.

Todos temían y esperaban, todos andaban recelosos de los frágiles juicios del dios Exito, todos sufrían de la duda y temblaban y distraíanse riendo, aparentando una calma que no podían tener, y sentían acercarse el día de aquel juicio, de aquel hecho por hombres y por la tanto saturado de injusticias; todos sufrían la impaciencia de esperar, todos contaban los días y las horas; y los pinceles temblaban en las manos nerviosas, y latían los corazones dentro de la prisión del pecho, y el ansia iba en aumento, y sonreía la fortuna tristemente, contemplando tantos y tantos devotos de sus volubles caprichos.

Empezaban á sonar nombres del Jurado, nombres que daban que temer ó que esperar, amigos ó antipáticos, partidarios de una escuela ó adversarios, santos de la propia devoción ó diablos repulsivos: si esos triunfan, los simbolistas saldrán victoriosos; si salen aquellos elegidos, la victoria será para los místicos; ¡ay de la nueva escuela, si ganan los antiguos y ¡ay! de éstos, si entra la juventud victoriosa! En cada grupo nombrábase un candidato distinto; temíase el sufragio como una calamidad indispensable; unos gritaban, callaban otros trabajando obscuramente, y el día se acercaba, el gran día del envío, el día alegre y triste de dar el último abrazo á la obra concluida, de despedirla en la puerta y arrancarla del estudio,



como pedazo del alma lanzado á la indiscreta mirada de la gente.

Llegaba el coche y bajábanse las telas y uníanse á otras obras, y en el estudio quedaba un especie de vacío. Aquellos cuadros y estatuas, nacidos bajo el techo del artista, mecidos en sueños creadores, criados y seguidos paso á paso en su lento crecimiento, nutridos con trozos de corazón y llegados á edad madura por un esfuerzo continuo, llenaban la casa como familia del alma, como seres cariñosos, y era triste verlos marchar, cual reclusas á la guerra, dejando un rastro de colores en el suelo, cual despojos de virginidad perdida. Bajábanse las telas, y á la luz brutal del aire libre, veíanse por vez primera defectos ocultos hasta entonces por la opaca luz del hogar; y allí, en el mismo coche, retocábase lo que más hería á los ojos; bajábanse é íbase de casa en casa, recogiendo esperanzas y más hermosas ilusiones, y los padres de las obras iban siguiendo detrás en alegre camarilla, cual si acompañaran á sus hijos á la estación de la duda.

Eran éstas la sala del Campo de Marte y la del Palacio de la Industria. En una y otra exposición los carros iban llegando de todas partes, cargados y repletos de pinturas, con paisajes asomando por los lados, con retratos y figuras recostados como muertos, con vendadas esculturas, marcos de oro brillando, y seguidos de centenares de artistas, formando todo un pueblo impaciente que ve pasar aquella gran procesión de obras inéditas y palpitantes de vida. En frente de la puerta descargábanse las telas: grandes cuadros

de historia, con sus figuras disfrazadas como máscaras al aire libre en miércoles de ceniza; alegorías bajadas patas arriba, con ninfas cayendo de las nubes entre aureolas á la aguada; retratos vistos detrás de un grupo de cruces y medallas; asuntos militares con la eterna nota encarnada entre manchas de humareda; marinas y paisajes, cuadros pequeños visibles solamente por el marco, y *machines* colosales descargábanse, y el cuadro se llevaba un aplauso de aquella turba de artistas, ó una burla, un chiste ó una silba estrepitosa, y aquel era el aviso del sufragio, la primera bocanada del triunfo ó el latigazo primero, recibido en plena frente.

Ya dentro los cuadros y en manos del Jurado, pasáronse unos días de estupor, de espera, de inquietud, de incertidumbre. Nadie era capaz de sostener una paleta, caíanse los pinceles de las manos, olvidábanse las obras del estudio, recordando la suerte de los ausentes; quien sentía deseos de andar por esas calles de Dios, quien quedábase en el estudio pensativo, tratando de adivinar el porvenir en los dibujos del humo, quien intrigaba en el Jurado, quien gritaba en favor de la justicia y quien callaba, esperándolo todo del tiempo, gran destilador de lo bueno y de lo malo. Los estudios parecían deshabitados, cunas vacías, salas de espera nutridas de inquietudes; en las puertas de los salones, tratábase de indagar los resultados, preguntando con la mirada á los serios individuos del Jurado que acertaban á pasar; la nostalgia del no hacer nada apoderábase de esos hombres acostumbrados á la pasión del trabajo;



y en los bancos sudados de la Academia latía la ansiedad de la duda, y el modelo bajaba de la tarima antes de tiempo, desairado por la mayor indiferencia.

Por fin, allí en un cuadro, pegábanse las noticias, aquellas pobres noticias esperadas, y cada una con su concisa claridad é indiferencia de « *recibido* » ó « *rehusado* » era motivo de un salto en el corazón alborozado, ó de una nube de hielo subiendo de lo profundo del pecho y helando la sangre en las venas de la frente. ¡Qué alegrías y qué amarguras! ¡Qué noche de sueños mecidos por alas color de rosa para unos; qué vacíos de estrellas, qué lobreguez y qué negrura de noche para otros! ¡Qué de besos á la esperanza, y qué dogales de desengaño! No sabía, no, aquel papel lanzado á la ventura lo que venía á destruir ó á edificar; lo que servía de bálsamo ó de veneno, la vida que traía ó se llevaba. No sabía tampoco la hiel que iba infiltrando, el dolor que repartía y la muerte á que invitaba muchas veces; no sabía que, en esa lucha del arte y por el arte muchos jugaban su vida, y que aquellas letras, escritas con frialdad de secretario, encerraban años de luto ó espléndidas auroras de ventura.

Debido á aquel cartel, algunos dormían aquella noche el descanso del cerebro, la paz de la llegada, y el sueño de los sueños; algunos cantaban su victoria, llevando alta la frente cual si todo París debiera saludarles á su paso; algunos mezclaban su alegría con el vino, y otros también en el vino ahogaban su tristeza; éstos gritaban la injusticia, callaban otros suspirando, quien quedaba abatido,

y quien tenía fe en sí mismo y acumulaba esperanzas y quien, dándose por rendido, loco, huyendo del porvenir y su negrura, se arrojaba en este Sena siniestro y venía á parar delante de nuestra isla, en el *Salón* de la Morgue, expuesto su cuerpo á la mirada de aquel París inhumano que no quiso exponer sus pobres obras!

Por fin abrióse el *Salón*, y esos dramas de la intimidad del Arte quedaban ahogados por la esplendidez de las obras, por la magnífica aureola de los marcos y por el lujo de la alegre concurrencia. Nadie se detenía á sospechar que aquellos cuadros cantando la música de los colores, riendo la belleza de los campos, cantando las suavidades y emociones de la atmósfera y la voluptuosa sensación de la vida del cuerpo y del espíritu, pudieran ser paridos con lágrimas en los ojos. Para el público no era aquello un hospital de sufrimientos morales; no sentía la tristeza latente, ni la fiebre que sudaba aún bajo el barniz aquella muralla vívida; iban al *vernissage* llevados de la moda, del capricho, del deleite de empujarse unos á otros suavemente, sin ver más que la bonanza y la playa alegre de aquel mar tempestuoso.

Por él andaba todo ese París que da el buen tono de las cosas, que dirige la gran orquesta del mundo, que derrumba escuelas y las forma, y que impone lo bueno y lo malo á la humanidad. Allí, los críticos apuntando los nombres de los autores y meditando la frase para levantar un cuadro ó la sátira para hundirlo; allí, el jurado, satisfecho al parecer de su obra, pero guardando quizás en el



fondo del cerebro alguna duda; allí, el maestro recibiendo la lluvia benéfica de adulaciones, ebrio de orgullo y entrando en el período benévolo para los pobres humildes; allí, el pobre diablo buscando su retoño, y hallándolo en un rincón de la sala, triste y perdido en lo alto de la cornisa, como nidó suspendido y olvidado; allí, las modelos mirándose en el espejo de los cuadros, hijas del pueblo orgullosas de figurar embellecidas en aquel medio aristocrático; y los bohemios allí, llenos de nobles desprecios y tristes filosofías; los rehusados, mirando sin ser vistos, con la amargura en el pliegue de los labios; allí, las actrices y las mujeres en boga, y allí, dominándolo todo, todo, el gran rebaño indiferente, mirándose como mutuo espectáculo y moviéndose en hormiguelo elegante en aquel vasto criadero y cementerio.

En él nacían nombres de la nada y otros morían sepultándose en el campo del olvido; brotaban nuevos astros y apagábanse algunos para siempre; pasaron días y más días y á poco la calma fué reinando en aquel campo y el silencio *se hizo* en torno de aquellas obras poco antes tan discutidas. Entonces llegó el gran desfile de pintores, la renovación de la lucha, la eterna germinación del trabajo, y unos marchábanse al campo á buscar nuevos alientos en el ejemplo incansable de la gran Naturaleza, y otros dejaban París, yendo á respirar aire de paz é inspirados de nuevas fuerzas, y tristes ó alegres, preparábanse á luchar un año más, á continuar luchando siempre hasta dar con la sombra de la muerte.

También seguimos nosotros la avalancha y nos

marchamos de nuestra querida isla, con la tristeza que causa el dejar una tierra generosa en emociones. En seis meses gozados y sufridos, llevábamos impresiones para tantos años de vida como vida tuviéramos destinada; en seis meses tan sólo, habíamos visto obras de arte para nutrir el recuerdo á todas horas y gozarnos con él y acariciarlo... y por esa hospitalidad del alma nos vamos de *nuestra isla* para siempre agradecidos.